

# Pandemonium del Pastel de Puerco

LAS AVENTURAS  
CULINARIAS  
DE ALBERT SMITH  
RECETA 1

STEVE HIGGS

Cuando un superintendente de detectives retirado decide hacer un *tour* culinario por las Islas Británicas, espera encontrar sabrosos manjares y deliciosos pasteles... lo que encuentra es la pista de un crimen en los ingredientes de su pastel de puerco.

Su perro, Rex Harrison, un ex perro policía despedido por tener una mala actitud, no puede entender por qué los humanos se esfuerzan por resolver el misterio. Él ya puede oler la respuesta: está delante de sus narices.

Él ayudará a su humano y a la hija adolescente del dueño de la tienda cuando el trío se disponga a salvar la tienda del cierre. ¿La culpa la tiene la tienda de pasteles de cerdo rival de enfrente? ¿O está ocurriendo algo mucho más siniestro?

Una cosa es segura, lo que comenzó como un poco de diversión, se está volviendo más mortífero a cada hora, y será mejor que descubran pronto lo que el perro sabe o podría ser el telón para todos ellos.

## Índice de contenido

Cubierta

Pandemónium del pastel de puerco

Dedicatoria

Porción extra de carne

Sabotaje

Reembolso

Artista del tatuaje

Un pastel de puerco de calidad inferior

Rostro familiar

Viejo entrometido

Almuerzo en un pub

Rex encuentra una pista

Casa de Apuestas de Turf

Dames

Una pista

Vigilancia

Bingo

Ser seguido

Hora de la ducha

Dolorosa llamada telefónica

Durmiendo profundamente

Invitados al desayuno

Venta al por mayor

Durmiendo con el enemigo

Husmeando

Horneando pasteles de puerco perfectos

El Taller Mecánico de Blake

Clientes habituales

Más misterio

Instrucciones sencillas

Comportamiento sospechoso

Mezcla de pasteles

Altercado y escándalo

Incursión

Noticias de bienvenida

Epílogo Pasteles de puerco con pulgar en la carne

Nota del autor

Receta e historia del plato

Ingredientes

Sobre el autor

Un pastel de cerdo Melton Mowbray

*¡Extraño pastel que es casi una pasión!,  
¡Oh pasión inmoral por el pastel!  
Desconocidas son las formas en que toman,  
desconocidas e invisibles para el ojo.  
El pastel veteado y jaspeado,  
el pastel que se digiere con un suspiro;  
Porque no es cerveza todo lo que se embotella  
y no es cerdo todo lo que es empanada.*

Richard Le Gallienne

## Porción extra de carne

El grito surcó el aire con un volumen tal que Albert podría haberlo oído si estuviera en el condado de al lado. A su lado, su perro de asistencia, Rex Harrison, reaccionó, apartando los ojos de los trozos de cerdo por primera vez desde que entraron.

La que gritaba era una mujer de unos veinte años de edad llamada Claire. Albert sabía su nombre porque todos los de la clase habían recibido una gran pegatina blanca para escribir sus nombres. Estaba aquí con su novio, un muchacho alto y delgado llamado Kevin que parecía ser más joven que ella pero no por mucho. Sus ojos eran tan grandes como los de cualquier persona que él hubiera visto, y miraba fijamente el mostrador frente a ella de forma acusadora.

Entonces, se dio la vuelta y vomitó.

Albert se lo tomó con calma; nunca le habían afectado los vómitos de la gente. Con su mujer, había criado a tres hijos y siempre había sido él quien se ocupaba de sus enfermedades. Ella se ocupaba de los desechos.

Mientras todos los demás se retiraban, Albert se encontró curioso y caminó hacia el lado de la mesa de Claire antes de pensar en lo que estaba haciendo. No tenía que ir muy lejos, su vista, siempre que no estuviera tratando de mirar algo de cerca, era bastante buena. Al llegar a su la-

do de la mesa, vio lo que la había afectado tanto. Había un pulgar apoyado sobre su pila de carne de cerdo.

En la clase, en la que los asistentes podían elaborar su propio pastel de cerdo hecho a mano, había una mujer bajita de unos cincuenta años llamada Belinda.

–Es el dedo pulgar de alguien –observó, de forma más bien innecesaria, ya que todo el mundo podía verlo.

Belinda llevaba un delantal azul marino con el logotipo y el nombre de la empresa, «El Emporio del Pastel de Cerdo Perfecto de Agnew» se extendía sobre su pecho, encima de la imagen de un pastel de cerdo de aspecto sabroso. Al igual que todos los presentes, su cabello rubio estaba envuelto en una red para evitar que cayese sobre la comida. Albert consideró la red un poco antipática en su caso, ya que solo le quedaban unos dieciocho cabellos en el cuero cabelludo y todo el concepto de molestarse con ellos era, francamente, ridículo, ya que le dejaban llevar a su perro pastor alemán asistente, Rex Harrison, con él. El perro también llevaba una red para el pelaje en la cabeza, una indirecta silenciosa de Albert hacia el cumplimiento inútil de las normas. Rex no parecía contento con la red.

Cuando Belinda se acercó con un tazón, con la clara intención de quitarle el pulgar, él levantó la voz:

–No toques eso, por favor.

La cabeza de Belinda se giró junto con la de los demás. De repente, en el momento en que todas las miradas de la sala se dirigían hacia él, Albert se dirigió a ellos una expresión seria.

–Soy un detective superintendente retirado de Kent. Me temo que tenemos que tratar esto como una escena del crimen y traer a la policía local.

–Pero tengo otra clase dentro de una hora, protestó Belinda.

Frunciendo los labios y encogiéndose de hombros, Albert dijo:

–Me temo que es improbable que proceda. ¿Quieres llamar tú a la policía?

Una adolescente irrumpe en la habitación, abriendo la puerta de golpe en su apuro. Parecía tener dieciséis o diecisiete años y también llevaba uno de los delantales de la empresa.

–¿Qué fue ese grito? –preguntó, con la preocupación grabada en su rostro.

–Necesitas una red para el cabello para estar aquí –dijo Belinda.

Albert esperaba que la joven se acobardara y pidiera disculpas, pero en cambio entrecerró los ojos.

–Cállate, Belinda. Tienes un perro aquí, por el amor de Dios.

Rex Harrison olfateó el aire y pensó, no por primera vez, que a los seres humanos les gustaba revolver la comida antes de comerla. Nunca vio la necesidad de tanto alboroto. Se lamió los labios, había un montón de carne de cerdo a escasos centímetros de su nariz y nadie le prestaba atención.

–Ni siquiera lo pienses –dijo Albert, inclinándose para asegurarse de que Rex Harrison supiera que el comentario iba dirigido a él.

Rex pensó algo descortés en respuesta y bajó la cabeza obsecuentemente. Sin embargo, no quitó los ojos del montón de carne de cerdo.

La adolescente pudo ver el grupo de personas que formaban un anillo alrededor del pulgar, así que entró en la habitación justo cuando Albert habló. Hay un pulgar humano en tu mezcla de carne. Tienes que llamar a la policía para que puedan identificar a quién pertenece. ¿La carne ha sido traída de algún sitio?

–¡Dios, no! –Exclamó Belinda–. Todo se corta a mano en el local.

Kevin, el novio de la joven que encontró el pulgar, se rio.

–Cortado a mano. ¡Qué bien!

La chica sin nombre que llevaba el uniforme de la empresa miraba ahora el pulgar sentado sobre el pequeño montón de carne en el puesto de Claire. Albert se preguntó quién era, ya que era muy joven para ocupar un puesto de autoridad. Llevaba el cabello castaño recogido en una coleta que le colgaba de la espalda hasta un punto entre los omóplatos. Sus ojos marrones eran brillantes y vivaces, situados sobre unos pómulos altos. Era una joven atractiva, observó Albert distraídamente. Le recordaba un poco a su Petunia cuando se conocieron. La chica medía un metro setenta y cinco con un peso de cincuenta y cuatro kilos. Los años de ser policía hicieron que la evaluación de los rasgos descriptivos fuera algo natural. Mientras Albert observaba su aspecto, ella se mordía el labio como si tratase de tomar una decisión. Al cabo de un segundo, más o menos, asintió con la cabeza antes de volverse hacia Belinda, que estaba en la cabecera de la mesa.

–Belinda, ¿puedes llamar a la policía, por favor?

Belinda dio un suspiro frustrado.

–Solo quítalo, Donna; tengo otra clase en una hora.

Albert pensó que tendría que intervenir o llamar a la policía él mismo, pero Donna no se dejó convencer por su compañera de trabajo que era mayor que ella.

–Por favor, Belinda.

–No eres la jefa aquí, Donna –dijo Belinda, arrancando el lazo para desabrochar su delantal–. No voy a recibir órdenes de una niña. A ver cuánto tiempo te queda de trabajo cuando tu madre se entere de que su mejor cocinera se ha marchado.

Luego tiró el delantal al suelo, siguió con la redecilla y se marchó furiosa. La puerta se cerró de golpe tras ella.

Donna miró a los ojos a la gente que la rodeaba, todos ellos clientes que pagaron por estar ahí.

–Lo siento mucho, todos. Esta clase ha terminado. Si vienen al mostrador, les devolveré el dinero y les daré un

cupón para volver a reservar a mitad de precio.

–Pero hoy solo visitamos Melton Mowbray –se quejó una mujer a su izquierda. Esto provocó otras quejas y Albert pensó que la pobre chica iba a tener una pelea para que se fueran hasta que otro hombre habló. Tenía más de sesenta años, el cabello gris que se volvía blanco por encima de las cejas castañas oscuras y, a su lado, una mujer de edad similar que estaba tan cerca que debían ser marido y mujer.

–No es culpa de la pobre chica. Hay un pulgar en la carne. Por mi parte, no quiero hacer un pastel de cerdo para llevar, que pueda tener otras partes de la misma persona. –Dirigió su atención a Donna–. Gracias por la oferta de reembolso. Buena suerte con la policía.

Con eso, se dirigió a la puerta, el resto de la clase lo siguió aunque muchos continuaron murmurando.

En la puerta, la mujer que se quejó primero le dio un codazo a su marido.

–Hay otro lugar al otro lado de la calle. Seguro que no tienen pulgares en la carne. Vayamos allí. Miren todos, tienen una clase a las dos.

La puerta se cerró cuando la última persona salió, dejando a Donna en la habitación con Albert y Rex Harrison. La joven metió la mano en el bolsillo trasero de sus pantalones para sacar un teléfono.

–Supongo que llamaré a la policía –murmuró, sin dejar de mirar el pulgar.

–Yo lo haré –ofreció Albert, metiendo la mano en el bolsillo del pantalón para sacar su propio teléfono y palpando sus otros bolsillos para localizar sus anteojos de lectura.

Están en su cabeza, pensó Rex Harrison, preguntándose cómo era que el hombre las extraviaba diez veces al día.

Donna negó con la cabeza.

–No, debería ser yo. Es la tienda de mi familia.

Sonriendo en un intento de ayudar a la mujer a relajarse, Albert marcó tres nueves de todos modos.

–No importa quién llame. Pero los clientes no pueden irse. Tendrán que declarar.

Donna hizo una mueca, mirando a la multitud que esperaba sus reembolsos.

–No creo que eso vaya a salir muy bien.

Escuchó su llamada mientras abría la puerta para salir del aula, la voz al otro lado le preguntó qué servicio necesitaba. No quería lidiar con los inquietos clientes, algunos de los cuales irían directamente al otro lado de la calle a la competencia, el Palacio del Pastel de Cerdo Perfecto de Simmons, una entidad cuyo único objetivo parecía ser acabar con la tienda de su familia. Ella tampoco quería estar a cargo, pero a su madre le extirparon el apéndice ayer de forma urgente, lo que la dejó como la única Agnew en pie. Le gustara o no, era su tienda la que tenía que dirigir hasta que su madre estuviera lo suficientemente bien como para volver a trabajar.

## Sabotaje

La policía estaba llegando, lo cual era un deber cumplido en lo que respecta a Albert. Tenía que quedarse y hacer su declaración, pero no tenía nada útil que decirles. Fuera del aula, la pequeña multitud seguía discutiendo y quejándose de que no les habían devuelto el dinero, Donna utilizaba la táctica para mantenerlos en su sitio hasta que llegara la policía. Albert prefirió permanecer donde estaba, divisando un taburete en el rincón en el que podía descansar. Ya le empezaban a doler las rodillas.

No poder hacer y comer el pastel de cerdo era molesto, tenía que admitirlo. El peregrinaje a Melton Mowbray desde su casa de West Malling era la primera etapa de una gira prevista por Gran Bretaña. Durante cincuenta y dos años su mujer se quejó de su incapacidad para cocinar. La mayoría de las veces era muy agradable, ella estaba feliz de cocinar todas las comidas y él estaba muy feliz de dejarla, pero cuando ella falleció ayer hace exactamente doce meses, él tuvo que valerse por sí mismo por primera vez en su vida. De esa lucha surgió el plan de aprender a cocinar algunos de sus platos favoritos. Las Islas Británicas tenían muchas comidas famosas: Estofado de Lancashire, Eton mess, Pasteles de Eccles, Salchichas de Cumberland, la lista era extensa y variada. Sin más motivo que el de no poder pensar en una razón para no hacerlo, hizo una pequeña maleta y una mochila y se puso en marcha.

Hace tres años, con setenta y cinco años, dejó de conducir. Ya no consideraba que sus reacciones y su vista fueran suficientes para estar al volante, sino que el tren, el autobús y la fuerza de sus propias piernas le llevarían a todos los destinos que quería visitar. La gente lo describía ahora como ágil. Antes era fuerte o atlético, pero esos días habían quedado muy atrás. Sus músculos eran lo suficientemente fuertes como para sostenerlo, pero ahora eran débiles en comparación con sus días de gloria y colgaban de su estructura de forma decepcionante. Con un poco más de 1,80 metros se le consideraba alto en su juventud. La edad lo había encogido, por lo que ahora medía poco más de un metro setenta, pero mientras su cuerpo se marchitaba, y a pesar de una memoria irregular, sentía que su mente seguía siendo aguda.

A su lado estaba Rex Harrison, un perro asistente que no era tal. Hace tres años, su mujer, Petunia, murmuraba y se quejaba de que Albert necesitaba un perro que le ayudase porque su oído se estaba deteriorando al tiempo que se estaba volviendo olvidadizo. No creía que le fueran a dar uno y nunca se molestó en solicitarlo a ninguna de las organizaciones benéficas que los suministran porque esperaba que el proceso de evaluación fuera denigrante. Sin embargo, amaba a su mujer y juntos habían disfrutado de tener perros en el pasado, así que ideó un astuto plan. Para ello necesitó un pequeño subterfugio, una compra a través de una tienda *online* y una llamada telefónica a un viejo amigo. También se basó en la naturaleza humana para evitar que la gente cuestionara lo que se le presentaba.

En retrospectiva, su plan no había sido del todo inteligente, porque ahora estaba atrapado con un perro grande que era el único perro en la historia de la policía metropolitana que había sido despedido por tener una mala actitud. Llamó a otro policía jubilado que sabía que tenía hijos y nietos aún en servicio. Podría haber llamado a sus propios hijos, todos eran policías, pero no quería que su-

pieran lo que estaba haciendo. La llamada le condujo al equipo que entrenaba a los perros policía, donde, supuso Albert, podría recoger a un perro joven que había suspendido el entrenamiento inicial. Sin embargo, le engañaron al ver la posibilidad de descargar un perro que les había sido devuelto para su realojamiento justo esa semana. Albert no se enteró del asunto de la actitud hasta semanas después, cuando se preguntó por qué su perro seguía haciéndole bromas. La compra que hizo por Internet fue un arnés y una chaqueta con el perro asistente a cada lado.

Nadie lo cuestionó nunca. Ni una sola vez. Y consiguió llevarlo a todas partes, incluso a una clase de elaboración de pasteles de cerdo que fue su primer intento de aprender a hacer un plato tradicional británico. Su búsqueda para convertirse en un cocinero competente no estaba yendo muy bien hasta ahora.

El tintineo de una puerta al abrirse anunció la llegada de dos policías uniformados. La tienda de Agnew estaba situada en un extremo de la calle principal de Melton Mowbray y lo más probable es que los policías estuvieran realizando una patrulla rutinaria en las inmediaciones, lo que explicaba su rápido tiempo de respuesta.

Albert se levantó del taburete, sus rodillas protestaron con un chasquido de cada una al enderezarse. Iba a reunirse con los demás en el exterior para que los uniformados pudieran hacer su trabajo, pero al pasar por delante del pulgar, aún apoyado sobre el montón de carne de cerdo gratinada, se dio cuenta de algo.

Acercándose y quitándose los anteojos de lectura de la cabeza, dijo:

–Toma, Rex, ¿qué te parece esto?

Albert tenía la costumbre de hablarle al perro como si esperara una respuesta, y a Rex le molestaba que el humano nunca escuchara ninguna de sus respuestas. Se acercó y saltó para colocar sus patas delanteras sobre la mesa y poder oler mejor.